

de Bernal Díaz del Castillo. Según Graulich, tanto en Cholula como en la fiesta de Tóxcatl, los mexicas actuaron para organizar emboscadas a los enemigos, ya que eran ocasiones únicas para deshacerse de los españoles. El autor justifica su punto de vista con base en las versiones opuestas provenientes de las crónicas coloniales, a la vez que demuestra cómo el concepto de un “ataque vergonzoso” mexica sólo tenía sentido para los frailes como Sahagún y para los nahuas coloniales, que tenían interés en renegar de los valores heroicos del pasado en favor de una nueva actitud cristiana y sumisa.

La última gran controversia con la que se cierra el libro es la de la muerte del soberano, a manos de los españoles, según las fuentes nahuas, o por su mismo pueblo, según las fuentes españolas. Una vez más, Graulich analiza los textos coloniales y las opiniones de los investigadores sin pretender unificar las versiones opuestas sino reiterando una vez más las dicotomías de los cronistas. El mal olor del cuerpo del *tlatoni* en la pira funeraria no es más que la enésima evocación mítica del deshonor y del pecado.

Esta obra admirable nos restituye la imagen de un soberano “prisionero de sus mitos”, estigmatizado por su mismo pueblo y por la historia. Su rol de chivo expiatorio tenía que permitir reabsorber la Conquista y sus amargas consecuencias en el horizonte cíclico del tiempo mesoamericano.

---

Mercedes Montes de Oca, *Los difrasismos en el náhuatl de los siglos XVI y XVII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2013, 668 p.

por Pilar Máynez

Desde las primeras décadas del siglo XIX, Wilhelm von Humboldt, influido por los planteamientos de Herder que prefiguraban ya el relativismo lingüístico, sostenía que el lenguaje y la concepción del mundo de cada pueblo estaban íntimamente vinculados. Esta idea, que se enmarcaba en la época en que imperaba el evolucionismo científico fue, a su vez, retomada por Sapir y Whorf, quienes diseñaron una hipótesis que continúa matizándose, cuestionándose y repensándose hasta nuestros días. Las personas son guiadas hacia diferentes tipos de observación de la realidad de acuerdo con la gramática que emplean; por tanto, además de no ser equivalentes como obser-

vadoras de la misma, llegan a algunos puntos de vista diferentes acerca del mundo que las rodea. Cada lengua resalta de manera particular las realidades de su entorno biológico y cultural, y éstas quedan impresas en cada sistema lingüístico de un modo específico. A partir de este concepto, comentaremos algunos de los puntos, a nuestro juicio, más relevantes del libro *Los difrasismos en el náhuatl de los siglos XVI y XVII* de Mercedes Montes de Oca Vega por considerarlo idóneo y lo vincularemos con el de los universales lingüísticos, su opuesto e indefectiblemente implícito.

La autora ha trabajado durante varios años en una estructura muy propia de la lengua mexicana o náhuatl a la que Humboldt, dentro de su propuesta tipológica, denominó “incorporante”. Se trata de las formas pareadas, duales o difrásticas, como mejor se les identifica, que se pueden encontrar, asimismo, en diferentes familias lingüísticas de distintas latitudes, como las austronesias y escandinavas, e incluso, en los propios idiomas mesoamericanos como el mixteco, mazateco y otomí, según se expone en el primer capítulo de este completísimo y tan necesario volumen. Las preguntas iniciales, entonces, serían ¿por qué lenguas tan distantes entre sí, en todos sentidos, han acuñado una estructura similar para sus procesos designativos? ¿Constituye esto la prueba de una cercanía conceptual entre grupos humanos muy distintos entre sí? El concurso sintagmático de dos lexemas que comportan un significado aislado diferente del que tienen al estar integrados podría poner en duda las particularidades de la lengua náhuatl y, por supuesto, el planteamiento del relativismo lingüístico. Sea como fuere, Berlin y Kay han expresado algunas inconsistencias ya ante la hipótesis enunciada; sin embargo, lo que importa en el estudio al que nos abocamos es analizar el modo en que la autora del mismo concibe esta particular estructura en contextos específicos de las obras de Olmos y fundamentalmente de Sahagún, y en otras fuentes coloniales. La incorporación de estas últimas en el tan vasto corpus que se analiza tiene como propósito comprobar que los difrasismos aparecen no sólo en los *huehuetlahtolli*, compilados por los mencionados frailes en el siglo XVI, sino en otros contextos, además de determinar la manera en que fueron transformándose diacrónicamente para hacer alusión a muy variadas circunstancias y a específicos referentes.

En el primer apartado, Montes de Oca pasa revista a las definiciones que en torno al difrasismo han formulado algunos investigadores; pone en claro el estado de la cuestión y perfila lo que será el concepto operativo que utilizará en su amplísimo estudio, y que se irá comprobando a lo largo de ocho capítulos más mediante innumerables ejemplos. De Sullivan, la autora

rescata el señalamiento de que los difrasismos son un producto intrínseco del pensamiento y la cultura indígenas; de Launey, retoma el énfasis que hace acerca de su función denominativa e independiente de la metáfora con la que, por lo general, se ha asociado, mientras que de García Quintana subraya la atinada propuesta de que su función no se limita al espacio estético-literario, como lo suele establecer la mayor parte de los estudiosos, sino que constituye también la expresión de la ideología de un grupo. Esta última definición abre el camino para la propuesta que regirá el estudio de Mercedes Montes de Oca en cuanto a la situación en la que concurren dos lexemas para aludir a un concepto concreto. En otras palabras, la aparición de estas estructuras binominales en el discurso está relacionada con la tan mencionada triada relativista lengua, cultura y sociedad, mientras que el concepto metafórico que las determina tiene que ver más con los dominios cognitivos, que plantea la moderna semántica concebida por Langacker, Lakoff y Johnson, y no tanto con el tradicional y, en cierto aspecto, limitado arquetipo estilístico. Estos binomios, morfológica y sintácticamente concurrentes, no son estructuras inamovibles sino activas, como lo es la lengua misma, nos dice Montes de Oca, planteamiento que se comprueba, con los fenómenos de desementación y resemantización, por mencionar tan sólo algunos, que analiza a detalle posteriormente; por tanto, pertenecen a un dominio cognoscitivo más amplio que el de los *huehuetlahtolli* o palabra antigua.

Pero, ¿en qué estructuras gramaticales podemos identificar los difrasismos? Al inicio del segundo capítulo, la autora sostiene que existen tres clases de palabras en el náhuatl, aseveración que nos recuerda la clásica división tripartita establecida por Aristóteles: nombres, verbos y partículas, es decir, *onoma*, *rhema* y *syndesmos*. Con base en este planteamiento, Montes de Oca inicia su exposición relativa a los constituyentes morfológicos y sintácticos de los difrasismos. Estos pares pueden estar integrados en sus formas canónicas nominal o verbal, es decir, con el determinante *in* y los nominales terminados en *tl*, *tli* o *lli*, para las primeras, o antecediendo *ca* al verbo en tercera persona del singular, para los segundos. *In mitl* ‘flecha’ *in chimalli* ‘escudo’=guerrero, y *ca yōli* ‘vive’ *ca tlācati* ‘nace’=nacer, respectivamente. También se puede conformar con una frase nominal que expresa posesión, en singular y en plural, con locativos y honoríficos, con formas nominales y abstractas, con verbos en pasivo, imperativo y auxiliar, así como en combinaciones adjetivales y adverbiales. Igualmente en el segundo capítulo se examina el orden que comportan los lexemas que lo componen. Montes de Oca explica que es posible encontrar *in atl in metlatl*, ‘el agua y el metate’ o *in*

*metlatl in atl*, ‘el metate, el agua’, aunque, aclara, en el material analizado existe una preferencia debido a la mayor carga semántica y a la focalización del primer componente. Igualmente se advierte que existen otros binomios que no son tan flexibles en cuanto a su disposición, como es el caso de, *in ātl in tepētl*, y esto tiene que ver con el hecho de que los difrasismos, al encontrarse en vías de lexicalización, presentan un sistema más rígido.

Desde el punto de vista semántico, dichas combinaciones ostentan, asimismo, otras características. El estudio que aquí nos ocupa parte de la idea sostenida por Langacker respecto a que la percepción y la experiencia física y social determinan la estructura del lenguaje humano. Con este presupuesto teórico-metodológico, se examina una serie de constelaciones semánticas de muy diversa índole, ya sea a partir de la metáfora, de la metonimia, o bien de la distribución del espacio semántico, las cuales son concentradas en núcleos conceptuales. Para designar a seres animados, por ejemplo, se parte de la noción de ‘persona’ *in īxtli* ‘el rostro-ojo’ *in yōllōtl* ‘corazón’= *tlacatl*. Este difrasismo es concebido por la autora “como un complejo topológico y tiene que ver con la parte visible, aquello que sobresale de la persona (la parte externa), aunque también es una región que permite el entendimiento. A su vez, el corazón forma un complejo semántico que involucra una interioridad pero al mismo tiempo el movimiento o la pulsión, que son indispensables para producir y mantener la vida” (p. 107).

En cada caso, los difrasismos son identificados, traducidos, asignados a una categoría específica y, sobre todo, analizados en el contexto de la cosmovisión del mundo indígena de la que emergen. De este modo, Montes de Oca no sólo ofrece un recuento pormenorizado de estas formas pareadas a lo largo de su minucioso estudio en ilustrativas gráficas que ponen de relieve las diferentes relaciones que contraen dos lexemas, sino que explica el contexto en que se enuncian. Además no se circunscribe sólo al náhuatl pues, en ocasiones, ofrece ejemplos análogos en otras lenguas indígenas mexicanas, y con ello comprueba otro de los principios evidentes de la historiografía vigente desde los gramáticos especulativos que tiene que ver con la existencia de los universales lingüísticos. Así, al referirse a *itta* ‘ver’-*mati* ‘saber’ señala que la metáfora entender o comprender se ha identificado en otras lenguas como el tzotzil que ha acuñado para dicho significado las formas *il* ‘ver’ y *iy* ‘comprender’. Incluso el rango semántico de esta última raíz abarca, con bastante proximidad, el mismo espacio que el verbo *mati* en náhuatl en su acepción de ‘sentir’, ‘entender’, ‘comprender’, ‘conocer’. Otro caso lo tenemos en el difrasismo *in ātl in tlachinōlli* ‘el agua-la quemazón’ para referirse

a la guerra cuyo correlato en mixteco es *nduvua ñuhu* ‘flecha y fuego’. Se trata de constantes designativas o de núcleos conceptuales que validan la hipótesis de que existen patrones significativos, que se repiten en la zona mesoamericana y que, aunque no pueden documentarse ampliamente, se comprueban en conceptos como ‘ancestros’, ‘persona’, ‘tiempo’ y ‘discurso’, por ejemplo, en maya, tzotzil, chol, otomí, chuj, tontonaco y mixteco.

El universo extenso, variado, complejo de los difrasismos nahuas es examinado por la autora en los *huehuetlahtolli* de Olmos y Sahagún, pero también en el *Tratado de los siete pecados mortales*, del primero, y en los *Coloquios*, en la *Psalmódia christiana* y en los *Primeros memoriales* del segundo, así como en otras fuentes coloniales como la *Historia tolteca chichimeca*, la *Doctrina christiana* de Gante, los *Coloquios de la paz* de Gaona, los *Huehuetlahtolli* de Juan Bautista y la *Crónica mexicayotl* de Fernando de Alvarado Tezozómoc. Éstos son testimonios en los que se pone de manifiesto la expresión de la cosmovisión indígena, la especial manera de articular significados, de dotarlos de sentidos figurados, y, más allá de eso, el peculiar modo en que se integraron y fusionaron lingüísticamente con los nuevos preceptos religiosos que las órdenes mendicantes pretendieron inculcar en su tarea de conversión. Este tema que ha sido atendido en mayor o menor medida por Robert Ricard, Wigberto Jiménez Moreno y Serge Gruzinski es analizado ahora por Mercedes Montes de Oca desde la original perspectiva que ha elegido como soporte teórico y metodológico de su estudio. Las doctrinas, vidas de santos, los sermonarios, en fin, la amplia gama de textos religiosos elaborados en lenguas indígenas por los misioneros representan, sin duda, un producto único en el quehacer del *ars praedicandi*, un discurso en que se sintetizan los conceptos de la fe cristiana revestidos mediante morfologías lingüísticas hasta entonces desconocidas para los frailes. Algunos de ellos tuvieron que convertirse en extraordinarios nahuatlato para poder articular una serie de estrategias que permitirían una conversión más profunda y eficaz, tendiente a mover los ánimos y quebrantar las creencias idolátricas imperantes.

Montes de Oca revisa la manera en que ciertos términos nativos como *teōpixqui* ‘sacerdote’, *mictlān* ‘infierno’ y *tlācatecolōtl* ‘diablo’ se deseman-tizaron y, después de un proceso de recontextualización, se resemantizaron dotándolos de un sentido doctrinal. Se introdujeron neologismos como en el caso de *totemaquixtiani* o ‘el que hace salir de sus manos a la gente’ o ‘el que libera a la gente’ para referirse a Jesucristo en contextos como *Totemaquix-ticatzin Jesu Christo*, consignado en Olmos, o *tinotlazotemaquixticatzin*,

‘tú mi apreciado salvador’, registrado por Gante. Asimismo, se introdujeron préstamos del castellano para evitar un posible sincretismo, que se adaptaron a la morfología del náhuatl, y también se resemantizaron difrasismos con el propósito de hacer más asequible a los naturales el mensaje cristiano que se trataba de difundir.

Estos fenómenos semánticos y morfosintácticos aparecen desbrozados a detalle en el octavo capítulo de este espléndido volumen que, sin duda, se convertirá en obra de obligada consulta para traductores y especialistas en el estudio de mundo náhuatl.